

Magnetizado

Carlos Busqued. Anagrama



En 2008, Busqued debutó con una extraordinaria novela, *Bajo este sol tremendo*; una ficción dura y áspera, ubicada en el Chaco argentino, en el interior de un país envilecido por la violencia y la corrupción. Con este segundo libro, Busqued cambia de registro para ofrecernos la historia de Ricardo Luis Melogno, quien, con veinte años, en septiembre de 1982, asesinaría a cuatro taxistas en Buenos Aires en el lapso de poco más de una semana. *Magnetizado* recurre a estrategias típicas de lo que se vino a llamar Nuevo periodismo o Novela de no ficción, género escurridizo que admite mil variantes desde que Truman Capote, con *A sangre fría*, le diera estatuto fundacional. Ni la reconstrucción de los crímenes ni su investigación ocupan un lugar central. Al comienzo, y en pocas páginas, se relatan los crímenes y la detención del culpable. Tras ello, se reproducen algunos titulares y recortes de prensa que daban noticia de esos crímenes, y se añadirán progresivamente informes médicos y policiales que resumen su periplo por instituciones psiquiátricas y carcelarias.

Pero el grueso del libro se compone del interrogatorio del autor a Melogno 32 años después de los asesinatos. Conocemos su compleja relación con su madre: una figura clave para explicar una infancia vivida en una atmósfera llena de miedos y marcada por varios intentos de suicidio. Destaca en el personaje su ajenez radical respecto a su entorno, “una falta total de atención a lo que pasaba alrededor”, su convicción rotunda de “no vivir en el mundo”. En este marco, Melogno decide un día cometer su primer crimen, sin que pueda establecer motivación alguna para su acto: “Me acuerdo que pensé: ‘¿Esto era? ¿Esta boludez?’ Lo tonto que era matar [...]. No había ningún sentimiento especial de placer, o de miedo... nada. No recuerdo un sentimiento de nada”. Y poco después, del mismo modo inexplicable con que había llegado ese instinto criminal, desaparece con la cuarta muerte: “Fue una explosión de unos días que empezó sin una causa aparente, y se acabó solo, como vino se fue [...]. Lo más cerca que estoy de poder decirte algo sobre eso es que se acabaron las ganas”.

Su vida carcelaria, los estragos de la medicación, sus prácticas religiosas en prisión, son narradas con el mismo tono impávido que subraya la resistencia a encontrar una explicación a lo realizado. Esta indescifrabilidad —la del personaje para hallar los motivos de sus acciones y la de la institución médica y jurídica en su intento de dictar un diagnóstico fiable sobre su personalidad— será la causa de que, a pesar de haber cumplido condena y estar en disposición de ser excarcelado, la justicia decida mantenerlo en prisión. La cárcel y la medicación, confiesa Melogno, le devolvieron a la realidad; pero nunca podrá incorporarse a ella, porque la ley así lo decretó. *Magnetizado* no es una reflexión sobre el mal, tampoco una introspección por las entrañas del “monstruo”; Busqued evita esos caminos ya manidos y opta por recorrer una travesía vital marcada por el delito pero frente a la que el aparato social y sus regulaciones no logran dar una respuesta, lo que deja al protagonista preso de un destino que, si bien él mismo provocó, quizá debería ofrecer una salida. El excelente dibujo narrativo de esta encrucijada sin duda constituye uno de los valores más destacables del libro.

Cuando Melogno relata el primer crimen, cuenta cómo, tras disparar al taxista, descubre que le están mirando; de inmediato se da cuenta de que son sus propios ojos en el retrovisor, y confiesa: “Me paralicé del cagazo”. Páginas después, el narrador recrea la misma escena desde otro ángulo: “Si se pudiera hacer un zoom a las pupilas de ese rostro, se verían reflejados otra vez los ojos que miran desde el espejo retrovisor. Adentro de esos ojos, nuevamente el rostro del joven, y así sucesivamente: una imagen dentro de otra imagen, una continuidad de reflejos que se enfrentan. La realidad misma volviéndose cada vez más chica”. Entre esas dos miradas, que son la misma y muy diferentes a la vez, Busqued enmarca una vida desventurada.



EDUARDO BECERRA